

# a miguel hernández

Julio, hervía de trigales secos y amapolas próximas al des-  
mayo.

La tierra estaba borracha de ambrosía y de esos trovadores  
de sol, como la cigarra libertina, tenaz y tremendamente bo-  
hemia.

Era la paz. La paz.

De pronto, crujió España como una sandía clavada por agu-  
dos puñales. ¡La guerra! Un grito agudo de metal y pólvora  
cruzó la geografía ibérica partiéndola en dos.

Todo enmudeció. El hombre cedió su voz al cañón y em-  
pezó el bronco diálogo del odio y la muerte.

¿Dónde estabas tú, poeta pastor y campesino? Miguel Her-  
nández, tejía su gloria en la villa del Oso y el Madroño.

Era el gran momento de la poesía española. Tal vez, días  
antes despediste a Federico que partía para su Granada en el  
mismo tren que viajaba su asesino. Y te hiciste soldado. Era  
la profesión inmediata del español. Buena profesión para tan  
mal momento. Tu cabeza se llenó de rosas silvestres teñidas  
de laurel y llevaste tu canto multielástico a la trinchera. El  
barro, la lluvia, la nieve y el sol desnudo, fue tu escenario.

Trovador de camisa verde y pantalón budari, poco elegante, pero preciso, reemplazaste a la cigarra en un gesto de poeta guerrero. Y como ella, sucumbiste cuando llegó el invierno de la derrota. La crueldad de aquella hormiga elevada a la más cruda tiranía y al más alto nivel de impiedad, te hundió en las cárceles como a un vulgar ratero de mercado.

Yo, de verdad, no sé cómo hablar de tus penas hondas y duras en aquellos calabozos lejos de la amada. Calabozos eróticos de divinidades apocalípticas girando a tu alrededor con la muerte a cuestas.

Mientras en las oficinas, y en los despachos, se hacían patíbulo de papel para tu cabeza de pétalos, con una celeridad, más que tremenda, tremendista.

En los largos y siniestros silencios tecleaban las máquinas frías e indiferentes a su fatal trabajo: "Miguel Hernández, condenado a muerte. Delito: Poeta y soldado de la patria. Agravante, la inteligencia. Muera la inteligencia". Pero tú, no estabas preso: el sentimiento de tu corazón lírico vagaba por tus añorados campos de Orihuela, perforando el muro de la inmortalidad. ¿Dónde están tus carceleros victoriosos? Arañas de palo, se los ha tragado el olvido por su propia estupidez e imbecilidad.

Pero te hicieron llorar aquellos que no fueron admitidos en la Historia ni tan siquiera como asesinos. Y cuando aquellos fantasmas apocalípticos ya eran una vaga resonancia, dejaron sobre tu frente el sello de la muerte.

Compañero Miguel Hernández, compañero eterno de todos los mártires, yo te pregunto esta noche en que estamos juntos. ¿Cuál era tu pensamiento en la hora de tu muerte, en la soledad de tu calabozo? ¿Qué visión tuviste tan dolorosa que nadie pudo cerrar tus ojos y entraste en la arena con ellos abiertos, como un inquilino sorprendido en su nuevo hogar? No te sonrías así, como un niño cándido, porque llevo sobre mi corazón el peso de todos los cementerios del mundo.

Tu última y delirante mirada fue para Josefina. ¿Me equivoco? "Qué desgraciada eres", escribes cuando ya la muerte rompía tus cadenas. Aquello no fue el final.

Brotó del sucio calabozo un rayo que se hizo exilado en los espacios y luego, una deslumbrante flor en el tiempo.

Y estás libre. Sigue tu voz hablando y hablando temblorosa  
y angustiada de tu patria, de tu muerte, y de tu amor.

Ahí está el calabozo, los calabozos, espantapájaros de los  
halcones de la libertad, resumiendo el vino amargo de tus poe-  
mas.

*La madrugada, bailarina de azules caderas  
puso sobre tu muerte un paso de ballet  
de una insospechada lividez  
de arena.*

*El yeso de tu reloj ilógico  
se hizo sudario, cementerio  
y campanario*

*y marcó loco de celos  
horas inmóviles en tu sepelio.*

*Tu muerte ya no es tu muerte  
que es una canción cualquiera  
que es una flor eterna*

*de una eterna Primavera.*

*Joven, muy joven, te hiciste silencio,  
madreselva, cal, ausencia, muro,  
balcón, golondrina y enredadera  
y clamor de ojos abiertos  
en tus poemas.*

Madrugada (a las 3 horas) 27 de julio de 1977.

*Te ofrezco esto, querida hija,  
que junto con mi cariño, es lo único que tengo.*

**guillermo fonseca fernández**